

Gerardo Seguel

Un poeta social en la colonia

LA VIDA LAS OPINIONES Y LA POESIA DEL MAESTRE DE CAMPO DON FRANCISCO NUÑEZ DE PINEDA Y BASCUÑAN

I



O hemos escogido al azar, de entre la multitud de nuestras preocupaciones, el sello ideológico, la figura poética y la actitud humana del Maestro de Campo general de los reales ejércitos del Reino de Chile, don Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán. Es que hoy vivimos una época extraordinariamente veloz en la reconciliación del artista y la realidad, época en que ambos se solicitan entre sí, se reconocen de nuevo e influyen mutuamente en su conducta y es que la vida y la conducta poética de este hombre del siglo XVII constituye uno de los más poderosos eslabones de la cadena, que naciendo en el Renacimiento, se exhibe en Chile con Alonso de Ercilla, se prolonga en la obra de Pedro de Oña y busca en nuestros días su vigor

más significativo. Fué nuestro poeta colonial un artista y un hombre de vanguardia dentro de su época y por eso reclamamos para él una atención que hasta ahora sólo se le ha dedicado en las páginas casi secretas de los historiadores más minuciosos.

II

La poderosa antorcha de la Razón, que tantos méritos conquistó en Grecia y que tan intensamente dominó sobre el limitado territorio de la cultura greco-latina y que parecía extinguida durante los densos siglos feudales de la Edad Media, resucita de sus tumbas de pergaminos y ya en el siglo XV instaura nuevamente su reinado sobre bases sociales más sólidas, más amplias expresando la intención de conquistar la redondez de la tierra y convertirse, no sólo en una forma del pensamiento, sino en la forma de la conducta de los hombres.

Frente a la rudimentaria producción de la tierra feudal y el servil amasijo de seres sometidos al poder de los señores, nace la producción artesana de las ciudades, el gesto progresista que engendró nuestra industria moderna; nace el individuo y se incuba el ciudadano. Frente a los extensos territorios privados, particulares y a la autoridad incontrolada de los señores feudales, se levantan las ciudades y nacen los principios democráticos. Frente a la moral cristiana,

ascética, ausente de la naturaleza, a su arte de ingenuas figuras planas, nace el amor a la naturaleza, surge el volumen en el arte, el fervor hacia el desnudo y una moral sensual y erótica que rompe las fronteras del evangelio y cuyo cauce llega hasta las cumbres de la Iglesia y penetra hasta el fondo de los conventos. Frente al estéril análisis escolástico, se levanta la bandera de la investigación, de la ciencia y el realismo. Frente a la escala de privilegios «de origen divino» y a la subordinación al cielo, surgen el humanismo proclamando la unidad del género humano y la Reforma pregonando la confianza en el raciocinio del hombre y en su capacidad para forjar su propio destino. Ante la holgazanería heroica y la limitación de los horizontes feudales, nacen las monarquías centralizadoras, se esbozan las naciones y con ellas las atrevidas empresas territoriales, la conquista de la redondez de la tierra que sembró de nuevos continentes y de colonias al mundo, haciendo posible, más tarde, la época capitalista moderna y ésta el internacionalismo actual.

Ninguna figura renacentista logra reunir todos los atributos liberadores de la Razón y de la ciencia; pero, como si no hubiesen hecho otra cosa que dividirse el trabajo, todos, desde Erasmo a Rabelais, desde los Médicis hasta Cristóbal Colón, desde Dante a los conquistadores, desde Copérnico hasta Miguel Angel, etc., sumados, formaron la fisonomía completa de su época.

III

Así se explica que a nuestro continente hayan llegado conjuntamente, conviviendo en las vidas de los mismos hombres y en sus mismas hazañas, la Edad Media y el Renacimiento. Era renacentista el vigor de los conquistadores creando la unidad territorial del mundo; era renacentista la actitud de Alonso Ercilla, saliendo de sus fronteras religiosas y castellanas, para cantar la resistencia de los araucanos y, proclamando la igualdad, en el heroísmo, de los bárbaros y los caballeros cristianos, forjar un himno a la libertad de los pueblos; también fué renacentista su amor a la naturaleza, su culto a la verdad y los materiales mitológicos de sus versos. Pero era medieval el feudalismo—todavía en vigencia en la misma Europa— que los conquistadores implantaron por medio del sistema de las «encomiendas»; los paisajes nunca vistos, que Ercilla, Oña y el Padre Ovalle describen muchas veces y pueblan de una flora y una fauna cogidos de los campos de Europa o de las páginas por ellos leídas.

Toda la zona colonial de la historia de Chile se caracteriza por la convivencia de la Edad Media y el Renacimiento, colaborando entre sí en la formación económica del país y combatiéndose mutuamente; disputándose, sobre todo, el privilegio de dar forma al porvenir de nuestra patria.

Junto a las extensas encomiendas feudales y a la

rudimentaria producción, a base de la mano de obra esclava de los indígenas, en los lavaderos de oro, en las minas y en la agricultura, se levanta, poco a poco, una apreciable manufactura que llegó a ser acaso la más próspera de la América Española: bayetas, sombreros de lana, alfombras y frazadas, lonas de cáñamo, brin de lino, telas de buque, hilo delgado, loza y barcos de pequeño calado, circulaban de un extremo a otro de nuestro territorio y penetraban, ya en el siglo XVII, a otras colonias vecinas.

También, junto a la guerra a sangre y fuego contra los araucanos y a la autoridad esclavista de los encomenderos y jefes militares españoles, al pensamiento medieval imperante y a la ignorancia de las masas, surgían pensadores humanistas como el cronista Mariño Lobera, el padre González de San Nicolás, el Obispo Villarroel, Fray Dionisio Cimbrón, Fray Antonio de San Miguel, Fray Diego de Medellín, el padre Luis de Valdivia, historiadores como Diego de Rosales y Alonso de Ovalle, hombres de ciencia como el Abate Molina, y por medio de ellos toda una cruzada en favor del conocimiento, de la ciencia, de la literatura, la filosofía y contra las formas esclavistas de la sociedad colonial, campaña que más tarde, con la afluencia del pensamiento de los enciclopedistas franceses, se convirtió en la idea de nacionalidad y el fuego de la democracia y la independencia nacional, que ya en 1781 se manifiesta con don José Antonio Rojas operando en el Complot de los Tres Antonios

y que más tarde alimenta nuestro 18 de septiembre de 1810.

IV

Este cauce renacentista produce, en su justa mitad, a uno de los eslabones más prestigiosos y eficaces. Este es nuestro compatriota Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán. En él encontramos, tanto como los últimos residuos primitivistas del medievalismo, el racionalismo renacentista ya en plena autoridad y a la vez los primeros gérmenes románticos y democráticos de la Enciclopedia.

Nació en Chillán en 1607, ciudad que era en su tiempo una de las poblaciones de la frontera sur de Chile, allí donde su padre, el Maestre de Campo general don Alvaro, prestaba sus servicios, que duraron cuarenta años, en el ejército del Rey de España en guerra permanente con los araucanos. Fué educado por los jesuitas, que no eran solamente una rama de la Iglesia, sino además una laboriosa empresa industrial y comercial y que, por ello mismo, eran un foco de las ideas anti-esclavistas y de combate contra la esclavitud de los indígenas; revelando una actitud hija del Renacimiento y padre de la Enciclopedia en Chile.

Con ellos nuestro poeta conoció profundamente, no sólo, a uno a uno, los capítulos de la Biblia y sus respectivos personajes y a los padres de la Iglesia y sus enseñanzas sociales, sino también a los maestros del

clasicismo greco-latino, como Platón, Aristóteles, Eurípedes, Tito Livio, Horacio, Lucano, Plinio, Ovidio, Cicerón. etc., quiénes formaron su mentalidad y acuden frecuentemente con sus citas a cada página de su obra, transformándola, de narración que pretendió ser, en novela, en poesía, en reflexión filosófica y sobre todo en testimonio político en favor de los araucanos, campaña por el saneamiento de las instituciones coloniales y fuente del sentimiento nacional.

No quiso su padre que él ocupase un cómodo lugar en la administración civil o que, tras unos cuantos simulacros de ejercicios militares, llegase a ser un oficial de la retaguardia. Por eso, incorporado desde muy joven a las filas de los simples soldados, se formó en la realidad de las batallas, emboscadas nocturnas y peligros de la guerra, ganándose uno a uno los escalones de mando hasta que, convertido ya en capitán, el 15 de mayo de 1626, cae prisionero de los araucanos en la derrota de las Cangrejeras. Conocía a los indígenas en calidad de adversario circunstancial; ahora, hasta noviembre del mismo año, fecha de su rescate, los conoció en calidad de prisioneros. Gracias a la intervención de Lientur, antiguo prisionero y protegido de su padre, y al prestigio de honesto adversario que había ganado don Alvaro, se le conservó la vida y pudo contar con la protección casi paternal de Maulicán, cacique general de Ropucura.

De esta experiencia, sumada a su despertar ideológico y a sus condiciones de gran poeta, nació su obra

«Cautiverio Feliz y Razón Individual de las guerras dilatadas del Reino de Chile». Antes de soltar la espada y tomar la pluma, alcanzó también su padre, el grado de Maestro de Campo general, participó en numerosas campañas del Sur de Chile y fué gobernador de Valdivia. Anciano ya, cuanto más abandonado se sentía de la Monarquía española, a la que había servido toda su vida, más amante de su patria natal se manifestaba y más valiente en su pensamiento y su palabra se comportaba. De esta actitud mental nació su libro, el más avanzado documento político de su época y la más prestigiosa vocación poética de la Colonia de Chile.

V

Predomina en su poesía un acento bíblico, que se reproduce también en su prosa cuando su pensamiento se levanta contra los arbitrarios y voraces representantes de la Corona, contra los jefes militares expertos en crueldades monstruosas, contra los ricos inescrupulosos y en general contra todo el entretrejado de manifestaciones feudalistas de la colonia; es un acento bíblico que sueña con días mejores para su patria, una voz como la de Isaías, de Oseas, de Amós o de cualquiera de los profetas del Antiguo Testamento. A esta bíblica voz se suma una melancolía natural de la tierra chilena, que no ha abandonado a nuestra poesía ni siquiera en nuestro tiempo; tiene la mística heredada del

medievalismo y cultivada por sus maestros; posee al mismo tiempo un realismo descendiente de los clásicos griegos y latinos y una imaginación del Siglo de Oro español, como en Góngora, el gran poeta de su tiempo, casi contemporáneo suyo.

La densa y detallada narración novelesca de «El Cautiverio Feliz»; está frecuentemente interrumpida por profundas y prolongadas reflexiones místicas y políticas o descripciones en que la poesía penetra caudalosamente y de la cual emergen poemas de gran calidad imaginativa, intercalados artificialmente en la estructura de la obra aunque estrechamente vinculados a la tesis de su libro. Puede decirse que para Pineda y Bascuñán, los hechos, el paisaje, la reflexión y los sentimientos deben entrelazarse inseparablemente y deben convivir en la literatura de la misma manera que en la vida. La tempestad es, antes que nada, su tema preferido y ella no está solamente en la naturaleza, sino también, simultáneamente, en su espíritu. He aquí algunos fragmentos en que, como en Lucrecio o en Heráclito, la poesía y la filosofía, la acción y la reflexión encuentran una misma forma de expresión:

Faltó el sol y ausentóse de nosotros porque las densas nubes se ocupasen en remover los cielos y enturbiarlos, para que con sus continuas y descolgadas aguas fuese a los mortales el invierno grave, pesado y molesto.

...porque volvieron las preñadas nubes a descargar sobre nosotros sus pavorosas aguas.

Quedamos solos mi amo y yo, a tiempo que el norte apresurado iba haciendo su oficio, despidiendo poco a poco tupidas saetas de nevadas aguas, y como se acercaban las tinieblas al paso que se aminoraba el día, crecía el viento y el temporal deshecho se aumentaba.

Rasgado está el firmamento
 Despidiendo espesos rayos,
 Y la tierra con desmayos
 Tiembla oprimida del viento.
 Los astros están sin tientos,
 Y el temporal sin medida
 Como una furia atrevida
 El campo fértil abraza,
 Sin dejar choza ni casa
 Por oculta o escondida.

Observemos esta traducción de Lucrecio que él intercala, pues se adapta plenamente a la naturaleza poética de nuestro lejano compatriota, a su pensamiento y a la conducta constante de su alma:

Los montes más trepados,
 De la fuerza del aire combatidos,
 Brotan rayos helados,
 Y de sus propias ramas oprimidos,
 Encontrándose a veces
 Pedernales se vieron sus arneses.

La noche es también uno de los temas favoritos de nuestro poeta colonial; es, como la tempestad, una hermana de su melancolía, una zona de su alma, una fuente de sus pensamientos. A veces en medio de la narración, toma dos o cuatro versos de alguno de los clásicos y al traducirlos, los convierte en un poema. Su poderosa imaginación no logra mantenerse dentro de los límites de una cita cuando su espíritu tiene algo más que decir. He aquí el resultado de dos versos de Ovidio:

Ya que la noche en su sosiego estaba,
Ya las humanas voces suspendidas,
Y el can más vigilante no ladraba;
Ya que entre las estrellas más lúcidas
La luna en su carroza se paseaba,
Ostentando sus luces más crecidas,
En nocturnos caballos obsequiosos
Que regía con pasos presurosos.

El alma elegíaca de Jorge Manrique encuentra en Pineda y Bascuñán un digno sucesor. En los momentos en que, algunos indios quieren vengar en él los ultrajes recibidos de los españoles, y desde un gallinero —donde lo ocultó Maulicán— espera que la influencia de su protector sea suficientemente poderosa para salvarlo de la muerte, escribe su poema «A la inconstante fortuna»:

Rueda fortuna, no pares
hasta volver a subirme
porque el bien de un desdichado
en tu variedad consiste.

Un tiempo me colocaste
con las estrellas más firmes
y ahora me tienes puesto
en la tierra más humilde.

Este otro trozo acusa también un género semejante de reflexión, al mismo tiempo de estado de alma y una forma poética aproximada:

Los tiempos se deslizan,
Los annos resbalando se nos pasan,
Callando nos avisan,
Y sin freno los días nos aplazan,
Pues cuando no pensamos
Al fin de la carrera nos hallamos.

Pineda de Bascuñán no escribe solamente para que su corazón hable consigo mismo, sino principalmente para los demás, a los cuales se supone en actitud de escucharnos. Para él están siempre en vigencia aquellas palabras de San Pablo: «De la abundancia del corazón habla la boca». Por eso, cuando más intensas se hacen sus reflexiones sobre las injusticias y desventuras que las manos de los poderosos arrojan sobre las vidas humildes, el autor de «El Cautiverio Feliz» piensa

como el filósofo-poeta del «Eclesiastés», que en la vida «todo es vanidad de vanidades» y se esfuerza por convencer a los que han hecho de su existencia una carrera hacia la riqueza y el poderío, que todo ello es infructuoso y vano. No es un pesimismo negativo, producto de la derrota; sino un producto de la fe, un pesimismo constructivo, piadoso como en los padres de la Iglesia. Es en estos momentos cuando escribe este fragmento que parece tomado de Teresa de Jesús o de San Juan de la Cruz:

Aquel que piense que vive
Con edad prolija y larga,
Siendo la vejez tal carga
Que sólo de muerte sirve.

Y como para hacer más poderosa la energía de su pensamiento, pone ante los demás su experiencia personal, sus propios sentimientos; el ejemplo de su propia suerte, sus propios dolores en el siguiente «Soneto»:

¿Soy dichoso yo, soy por ventura
quien debajo del pie tener solía
lo más sublime que corona el día,
teniendo un poco la mayor altura?

¿Soy a quien jamás vió la desventura,
por ver que con el cielo competía
mi loco pensamiento y que a porfía
encumbrarme soñaba sin medida?

Yo soi; más no soi, que el tiempo mueve
lo que firme parece al pensamiento,
pues vemos que al más alto se le atreve.

Ninguno en su vital estribe aliento,
ni piense que la gloria se le debe
hasta que tenga el fin feliz asiento.

El pesimismo no es, en Pineda y Bascuñán, más que la antesala de la esperanza. La traducción de cuatro versos de Ovidio, le sugieren los versos siguientes, que nos recuerdan un texto del Apocalipsis describiendo las formas futuras del «Milenio»:

Producirá la tierra astros lucientes;
Cultivará los cielos el arado;
Los ríos caudalosos y las fuentes
Brotarán fuego; y éste a lo trocado.
Lo natural, el mundo y sus vivientes
Irán sin lei y por camino errado;
Con que ya no habrá cosa en lo imposible
Que no parezca fácil y factible.

Todas las grandes voces de la poesía mundial, desde los profetas bíblicos hasta Góngora, encuentran un terreno apto para reproducirse y crecer en Pineda y Bascuñán; pero es sobre todo su casi contemporáneo Góngora, el gran poeta imaginativo de España, quien puede figurar como su acompañante en la conquista de

la forma poética, como una figura paralela frecuentemente superada.

VI

La dura esclavitud feudal y su complemento, la lucrativa guerra contra los araucanos para cazarlos o exterminarlos, creó la necesidad de una justificación ideológica: se les negaba, no sólo la capacidad para incorporarse a la civilización y se les atribuía una naturaleza incompatible con el cristianismo, sino que además se les desconocía la existencia de un alma.

A su vez, de la creciente producción manufacturera, en Chile como en Europa, que plantea la necesidad de una extensa población «libre» en condiciones de llegar hasta los talleres y obras a vender su fuerza de trabajo, surgieron las ideas anti-feudales que, en Chile se manifestaron principalmente vinculadas a los ideales religiosos (ni era posible que fuese de otro modo) y promovidas particularmente por los elementos salidos de las filas o las aulas de los jesuitas.

Ya Alonso de Ercilla y Pedro de Oña habían igualado a bárbaros y cristianos en el ejercicio del heroísmo; ahora fueron los padres jesuitas los que, exponiendo sus vidas y muchas veces sacrificándolas, penetraron a territorio araucano, sin más armas que los capítulos de la doctrina cristiana, para probar a los recalcitrantes jefes militares y gobernantes que los indígenas eran seres aptos para el cristianismo y, por con-

siguiente, dignos de un mejor comportamiento para con ellos. Hubo incluso jefes militares, como Don Alvaro, padre de nuestro poeta, que practicaron la guerra «defensiva», eliminando de la lucha armada, en lo posible, la brutalidad habitual, los objetivos voraces y la destrucción, tratando de conquistarlos, no para esclavos, sino para súbditos del rey. De él, como de sus maestros, recibió nuestro Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, enseñanzas que dieron forma a su conducta y de cuyos resultados inmediatos nos habla abundantemente en su libro.

VII

Por eso, al escribir esta obra, formula de antemano su experiencia, comenzando por llamarla «Cautiverio Feliz», dispuesto a dar testimonio de la excelente acogida que encontró en el seno del pueblo araucano, y dando ya forma a su tesis, agrega al título de su libro: «Razón individual de las guerras dilatadas del Reino de Chile», porque—como escribe en uno de sus primeros capítulos—«algunas de las causas que concurren a la dilatación de esta guerra de Chile, es la codicia de los que gobiernan».

Toda la narración es un conjunto alineado de hechos que dan fuerza a esta tesis y en ella los araucanos aparecen siempre, con contadas excepciones, nobles, bondadosos, agradecidos, leales, accesibles al cristianismo, anhelosos de civilización, honestos, amigos de

la paz, laboriosos, celosos del aseo y amantes de su patria. Cuando hace la descripción de Lientur, su valiente defensor, lo coloca a la altura de los mejores espíritus del campo español y luego agrega en forma acusadora: «De esta calidad y naturaleza son los indios, que llaman ingratos, desconocidos y traidores».

Pero eso no es todo, cuando se refiere a los araucanos en general, opina «que sus acciones y arrestos valerosos han sido justificados por haberlos ocasionado nuestras tiranías, nuestras inhumanidades, nuestras codicias y nuestras culpas y pecados». Que ellos son accesibles a la civilización, lo prueba describiendo detalladamente sus trajes, sus cuidadosas viviendas, sus esmerados cultivos, sus variadas comidas, etc. y contándonos que Maulicán tenía incluso una espléndida casa de piedra «bien alineada», para «el veraneo y reposo entre los árboles, arroyos y bellezas naturales». También en el amor a la patria, los araucanos son modelo: cuando Maulicán manifiesta gran prisa por llegar a su rincón natal, a fin de ver a sus padres y a sus hijos, comenta: «loable lección de un bárbaro gentil», y agrega: «Porque no hay nación en el mundo que tanto estime y ame el suelo donde nace, como esta de Chile, pues se ha visto en ocasiones llegar a cautivar a algunos indios de los más ancianos y viejos, y por no salir de sus tierras, permitir los hicieran pedazos antes de tener vida fuera de sus límites y no habiéndoselo querido conceder, haber ejecutado lo que he dicho, con arrogancia y soberbia desmedida, antes

que dejarse sacar vivos de sus tierras y ranchos, teniendo por felicidad regar con su sangre valerosamente sus contornos».

Todos sabemos que esta lección fué recogida por los patriotas de 1810 y que D. Bernardo Vera y Pintado la puso entre los versos de nuestra primera Canción Nacional, diciendo: «De virtud y justicia rodeada—A los pueblos del Orbe anunció—Que con sangre de Arauco ha firmado—La Gran carta de nuestra emancipación», y agrega: «De Lautaro, Colocolo y Rengo—Reanimad el nativo valor» Sabemos también que medio siglo después, nuestro romántico y revolucionario Eusebio Lillo, colocó este mismo testimonio, hasta el día de hoy, en nuestra actual Canción Nacional: «Con su sangre el altivo araucano—nos legó, por herencia, el valor».

No es extraño que Pineda y Bascuñán haya llevado su odio a la guerra de exterminio, su afán de protección a los indígenas y su admiración por ellos, a un punto en que ya considera esta lucha casi como una guerra entre hermanos, como una guerra civil. Por eso, al buscar las causas de ella, se extiende hacia las causas de todos los males de la colonia y buscando sus raíces sociales, políticas y morales, llega a formular una sorprendente acusación contra los representantes del Rey en Chile: «en un reino como este de Chile remoto . . . son antepuestos y aventajados los que (aun con descrédito de sus personas) han buscado y adquirido algunos maravedíes, a los que con sobrada opinión

los han sabido gastar en el real servicio y defensa de su patria». «Ejemplares pudiera poner muchos—agrega—si el decir verdades no fuera peligroso». «¿Cuántos de los que han venido a gobernar a Chile, solicitan conveniencias públicas y la opulencia de los que son sus súbditos? Y en seguida agrega: «La verdad está caída en estas plazas, abatida y postrada por los suelos, y la justicia a lo largo retirada»—dice, imitando la voz de un profeta bíblico.

Al terminar su libro, Pineda y Bascuñán, alcanza también el punto más alto del desarrollo de sus reflexiones; allí se acumulan las más audaces, las que más se aproximan a nuestro 18 de Septiembre de 1810:

«Entre las causas principales que habemos insinuado, para que nuestra patria, Chile, tantos menoscabos conozca y a menos vayan siempre sus aumentos, es una de ellas sin duda el que a gobernar vengan forasteros». «Y considerando que en tantos siglos ha que gobiernan a Chile forasteros (que es lo propio que enemigos) no ha tenido provecho ni utilidad alguna de este reino, antes si cada día recrecen los gastos de su real patrimonio y dilatarse más la guerra; pudiera ser, que como he dicho, que mudando rumbos y trocando medicinas, fuese saludable ante todo para su patria algún natural experimentado hijo de ella, que no sin misterio mandó Dios que no se pudiera nombrar rei o superior, sino fuese de entre los propios hermanos y compañeros».

Dicho esto en 1673, su voz habría de esperar 137 años más para que fuesen muchos los que pensasen co-

mo él. Aunque Pineda y Bascuñán no concebían aún la necesidad de la independencia de Chile, porque en aquellos tiempos no era aún posible concebirla, formó los cimientos ideológicos, más fuertes, tenaces y elevados, para ella que haya sido posible en su siglo. En pleno desarrollo de nuestro 1810 aun nos encontramos con que la mayoría de los chilenos que dieron vida al Cabildo Abierto y engendraron la primera Junta de Gobierno, no iban más lejos de lo que fué Pineda y Bascuñán, a pesar de los 137 años de distancia, en la fuerza y claridad de sus concepciones. Sólo Camilo Henríquez, los Carrera y otros contados patriotas eran quienes ocuparon en 1810 el sitio de vanguardia que, en 1673, había ocupado nuestro gran poeta colonial; sitio que más tarde heredaron Lastarria, Bilbao y Eusebio Lillo, que de ellos han recibido los que, como Pineda y Bascuñán, han podido nuevamente decir que la «verdad está caída, abatida y postrada por los suelos, y la justicia a lo largo retirada», los que han sabido también que «el decir verdad es peligroso».